

Murcia: Un mes UNA peseta. Resto de España un trimestre 3'50 Id.

Precio de la venta

5 céntimos ejemplar y 25, 75 céntimos

REDACCION Y OFICINAS:

SELGAS, 4.-MURCIA

El Demócrata

DIARIO DE LA TARDE

Año II

MURCIA.-Viernes 9 de Agosto de 1907

LOS ANUNCIOS DE TODAS CLASES SE PUBLICAN SEGUN TARIFA

TODA LA CORRESPONDENCIA Y GIROS DEBEN DIRIGIRSE

Al Director Gerente

NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES

Núm. 293



EL SEÑOR

Don José Martínez Albacete HA FALLECIDO á los 26 años de edad

R. I. P.

Sus afligidos padres, esposa, hijas, hermanas, hermanos políticos, tíos y demás familia;

participan á sus amigos tan dolorosa é irreparable pérdida, rogándoles una oración por el alma del finado, cuyo entierro se ha verificado esta tarde desde la iglesia parroquial de San Pedro.

Murcia 9 de Agosto de 1907.

LAS COSAS EN SU PUNTO

A la hora actual, frente al problema de Marruecos, los pensamientos van inconscientemente hacia la historia, buscando una experiencia que siempre nos ha faltado. Como no recordamos más que lo sucedido en el día, los hechos pasados, los tristes frutos de un candor inexplicable, las inocencias de una raza soñadora se olvidan y quedamos en la situación del que, habiéndolo pasado todo, todo lo ignora. En vez de cogernos del brácer con Francia, para no hacer nada y exponernos á las contingencias de futuros acontecimientos, debemos olvidar la causa de nuestro enojo, puesto que no tenemos ganas de satisfacerlo; pero hacer el valentón con miedo, actuar de espantapájaros porque á los franceses les conviene, eso jamás debió imaginarse ni hacerse. La muerte de nuestros compatriotas, puesto que no nos indigna, no debe preocuparnos ya. El tiempo se encargará de juzgar tal españolada. Pero que ocurriendo eso, por complacer á nuestros vecinos, comparáramos con ellos las responsabilidades, no otra cosa, resulta demasiado ridículo, sobrado necio.

Nuestra posición en Marruecos, puesto que no tenemos un objeto inmediato que realizar, debió ser la misma que antes. Los franceses, que no querían dejar impunes los asesinatos de sus súbditos, tomaron venganza apropiada, y su situación hoy es la que debía ser. En cambio nosotros, que no hemos hecho nada, á pesar de que los españoles cayeron bajo el cuchillo fanático, compartimos con Francia el odio de los moros, por querer fanfarronear sin atrevernos á otra cosa. Esta cosa es muy española y no extraña á nadie. En otras ocasiones cuando hicimos algo semejante, el peso de la adversidad cayó sobre nosotros solos, alegrándose nuestros aliados con los frutos agradables. Hoy tal vez ocurra lo mismo. Para exponernos siempre fuimos muy galantes ante la invitación de los amigos; para sacar frutos de esa exposición, también fuimos siempre españoles, es decir, ilusos.

Italia, que también sufrió la ofensa, sabiendo que no ganaría nada productivo vendiéndola, desdeña mezclarse en el asunto, para no servir de intermediaria en la consecución de los propósitos franceses; é Inglaterra, á pesar de lo dicho por algunos políticos, también hará lo propio, aunque si la hubiese vengado. Nuestra intención es mas ridícula por lo mismo, porque ¿qué va á decirse de un país que interviene en un asunto á causa de una ofensa recibida y no hace nada por que desaparezca? Se dirá con mucha razón que obra como necio, mas con una necesidad tremenda; y al decirlo, desgraciadamente, se dirá la verdad, sólo la verdad, lisa y monda de afeites.

Para lo que hacemos allí, mejor estaremos como estábamos. A lo menos, del primer modo ganaremos algo: no hacernos muy odiosos. Mas acudir en son amenazador, decir que vamos á hacer y acontecer, hablar fuerte para inspirar respeto, y cuando llega la hora crítica, hacernos atrás, es cosa que nada más nos ocurre á nosotros. A los políticos que obran caprichosamente, poniéndonos en ridículo á todas horas

debíamos hacerles ver nuestro enojo por semejante proceder. A Marruecos, ó fuimos por algo ó no fuimos á nada; y en este último caso mejor estaremos aquí.

PLUMAZOS

Al buen callar...

El gobierno ha dado en callarse todo lo que sabe de la cuestión de Marruecos y de ahí no le saca nadie. Como en ocasiones distintas, en la cuestión tan interesante para los españoles que casi se dilucida hoy en Casablanca, ha puesto por delante el desconocimiento de noticias exactas, para no dar otras que las que las agencias telegráficas nos dieran á conocer más antipadamente. De las que tienen obligación de dar al país no se ocupa poco ni mucho, como si los deberes gubernamentales se resumieran solamente en callar siempre, á tiempo ó destiempo.

Las tonteras, á las que tan propicios se muestran los conservadores, adquiere nuevamente próspera vida en la ocasión presente. La clausura de Corias, con la que se interrumpieran momentáneamente, no sirve para nada puesto que han resucitado las muestras del genio conservador. El gobierno quiere parecer discreto y se tira la plancha mayor del mundo. Ello se ve con las noticias por ellos facilitadas; ninguna ha dado un detalle más que no se conociera mucho antes... Se le pregunta algo, y responde con evasivas... Después, se quedan tan frescos...

Verdad que no son ellos los que ante los extranjeros cargan con el ridículo. Por algo se nos ha de tener á los españoles como admirables ignorantes...

NAZARIN.

Martínez Albacete

Para los que hemos conocido al pobre Albacete desde que era casi un niño, muy bueno, muy cariñoso y muy inquieto; para el que se ha sentido ligado á él con lazos más profundos que los de la amistad; para los que lo hemos conocido á fondo, en el alma, en todos sus grandes y nobles deseos, en sus ansiedades ocultas, en sus ensueños de hombre honrado, sano de espíritu, con fuerzas bastantes para la litánica empresa de luchar constantemente, con la sonrisa en los labios y abriéndose paso y alcanzar un puesto envidiable; para los que le hemos oído hacer horas apenas, contarnos sus grandes proyectos para lo porvenir; para los que le hemos conocido siempre y le hemos visto ayer, se nos hace duro creer que ha muerto, que no le veremos más, que todo desapareció de un golpe. ¡Pobre Albacete!

Ni la edad, ni las amarguras de la vida, ni los sinsabores de la lucha, nada pudo cambiar su carácter de niño grande, siempre inquieto, deseoso siempre de un algo más con que entretener su exceso de vida y su sobra de energía. Era el pobre Albacete

uno de esos hombres raros todo alma, todo corazón, que no sabía ni podía sentir rencores para nadie; entregaba su alma en seguida, se hacía hermano de uno en el acto. Pero él lo sabía sufrir todo y sin embargo el sufrimiento en los demás, las desgracias de los otros las sentía profundamente, lo angustiaban. Por eso hoy, al bajar á la tumba, muy joven, cuando todo le sonreía, cuando el camino se le presentaba sin abrojos y sin espinas, no se lleva ningún odio, no le acompaña ningún rencor.

Para retratar de cuerpo entero el carácter y el alma del pobre Albacete, basta sólo recordar un hecho suyo. Un día de año nuevo, muy frío, en que la nieve cubría las calles de Madrid, Albacete entró en uno de los bazares más á la moda, gozoso, feliz, pensando en la encantadora sorpresa que iba á proporcionarle á un ángel de que era padre. Compró un par de hermosas muñecas y salió del bazar. En la puerta una mendiga pordioseaba una limosna y junto al lujo escaparate una pobre niña, atrevida de frío, trémula, tal vez hambreada, goloseaba con sus ojos muy abiertos los preciosos muñecos. Con su intuición inocente había adivinado que Albacete había comprado los dos más hermosos juguetes y hacia él dirigió su mirada, envidiosa, admirada. Y el pobre Pepe leyó en aquella mirada todo lo que pasaba en un alma, y con aquella ligereza de decisión tan suya, descubrió las hermosas muñecas, la dió que escogiese la más de su gusto y se alejó, á prisa, inquieto como siempre, dejando en las trémulas manecitas de la atónita niña, la muñeca mas hermosa.

Como vivió ha muerto: como bueno. A su lado, en sus últimas miradas, ha visto á todos los seres queridos, á todos aquellos seres queridos que componían su mundo, que eran su alma: sus ancianos padres, tundidos por el dolor; sus cariñosas hermanas, sufriendo la desespetación de ver desaparecer á su idolo; su joven esposa loca de dolor; los ángeles llorosos á quienes dió vida, sus parientes, toda la familia, sintiendo que se iba el alma de todos. El consuelo más grande, el único que se le puede dar á todos esos seres atribulados por la desgracia y muertos por el dolor, es el convencimiento que deben tener de haber visto morir á un justo, á un hombre honrado, á un orgulloso de la bondad, que lleva el recuerdo de todos y una lágrima hasta de los más indiferentes.

No, ya no le veremos más. El hombre que supo conservarse niño toda la vida ha muerto; su alma grande y noble ya no se inquietará más por las amarguras de la vida, aquel cerebro poderoso no se verá cruzado más por ideales redentores, aquellos grandes ojos no expresarán más el asombro que produce la injusticia, aquella mano nerviosa no cojerá más la pluma para expresar la suntuosidad de los pensamientos, que hacían gritar al pobre Albacete, en un arranque lírico: «¡Oh, si las nobles águilas soñarán!...» ¡Pobre Pepe!

G. R. Y C. DE VIVERO

Información especial

Vegetarianismo

Un señor Faurel, (de Angers, Francia) ha enviado una interesante comunicación al Congreso de Higiene sobre los efectos observados por sí mismo, en su propia persona, durante cinco años de régimen vegetariano hasta cierto punto, porque no ha sido régimen herbívoro como el de los caballos y los anaoretas de la Tebaida, sino mezclado con carne, con manteca, lo mismo que aquel guasón impio que no comía carne en días de vigilia, pero sí jamón.

Ello es que el señor Faurel que tiene cuarenta años, 1'72 metros de talla y un peso de 66 á 69 kilos con capacidad respiratoria para 4.200 á 4.300 centímetros cúbicos del alimento de los camaleones, vulgo aire, debe estas cualidades (menos las dos primeras) á su vegetarianismo sostenido.

He aquí lo que come: Almuerzo: taza de chocolate con leche (que no será vegetal, suponemos) y 69 gramos de pan blanco.

Comida: entremeses frescos, mantecas (tampoco serán de hierba), rábanos (¡hombrel! ¡rábanos!), aceitunas, un plato de legumbres ó un par de huevos (que no serán vegetales tampoco), un plato de carne... no asustarse, de patatas, esa si que es carne vegetal, postres de fruta y 200 gramos de pan.

Cena; verdura á discreción, como decían á los alumnos internos en la casa de cierto dómine parecido al dómine Cabra de Quedo; «Crissimi, de forragibilibus quantum volueritis»: queridos, de forrajes, cuanto queráis; tortas de harina, ensalada, compota ó frutas y 100 á 150 gramos de pan. Y ¡beber! Pues agua, á la cual suele mezclar algún vino.

Este régimen, al parecer poco alimenticio, en realidad muy aceptable, bromas aparte ha nutrido admirablemente á M. Faurel; le permite dar paseos de 100 á 120 kilómetros en bicicleta, y de ocho á diez andando, lo menos. Además, padece jaqueca y se le ha quitado, duerme bien, pero menos horas; lo que le alarga la vida ya bastante; su genio se ha hecho más dulce, con gran alegría de sus domésticos y señora, y en una palabra, el hombre dice que el vegetarianismo le ha dado la salud más completa.

Es de creer y merece ser probado, aunque padezcan un poco los carniceros. Nosotros aconsejariamos sin embargo, que no se cambiara de régimen repentinamente, sino disminuyendo por grados la cantidad de carne. Y luego, ya en pleno vegetarianismo, abstinencia completa, y en ciertos días, además de la manteca (suponemos que será de vaca), añadir no precisamente carne, sino un poco de pata de gallina ó de pollo, por ejemplo, una vez á la semana, los domingos, para que los intestinos no se atrofen.

Nos choca que no haga mención M. Faurel del queso: ¿es que no le gusta? ¿O que siendo un digestivo no lo cree necesario tomando alimentos de más fácil digestión que la carne? Porque el queso bueno tomado en cantidades cortas es muy sano; «todos los días queso y al año un sólo queso», dice el refrán español. Tampoco habla de la miel que igualmente es sana si se toma con mucha moderación.

Como quiera el vegetarianismo se va extendiendo y por algo será. Teóricamente al menos y, hablando en general, es un gran sistema.

X.

LAS ÁGUILAS

«Somos audaces. Hasta el sol llegamos á nuestro vuelo altivo y poderoso; magistrosamente nos alzamos soberbias, y la frente coronamos con la espléndida luz del sol glorioso.

«Somos fuertes y augustas, nos damos á los vientos, y ellos, para nosotras, sus acentos de salvaje armonía dan en estrofas roncadas y robustas de homérica poesía.

«Sobre nosotras, el espacio terso todos los rayos de su luz converge, y en la profunda paz del universo nuestra gloriosa vida se sumerge.

«¡Somos audaces cual guerreros bravos! «A nuestros pies, con ojos penetrantes vemos la turba misera de esclavos sobre la tierra.

«En vivos cambiantes nos bañan las auroras; y en el espejo azul del firmamento se ven nuestras figuras gigantescas cual visiones gloriosas y dantescas que el sol enciende y arrebató el viento.

«Somos las nobles águilas audaces de corvo pico y elevado vuelo, de garras poderosas y tenaces, que magistralmente nos alzamos en círculos enormes hasta el cielo.

«En las cumbres más altas habitamos en los salvajes montes y desde nuestros nidos sondeamos los inmensos y azules horizontes,

«No descendemos á los valles hondos: miramos en la bruma de sus fondos lo que se arrastra, lo que nunca veía; y nos alzamos con desdén profundo dando á los aires rumberosa estela, y desde el cielo inmenso contemplamos la miserable pequeñez del mundo.

«Nuestro grito valiente hace temblar de miedo á la alimaña, que, acechando á la víctima inocente de un espejo zarzal en la maraña libre de humana buella, vé con medroso anhelo descender hasta ella la gigante espiral de nuestro vuelo.

«¡Somos las nobles águilas audaces de garras poderosas y tenaces,

de corvos y anchos picos resistentes, de ásperas plumas con que juega el viento... Somos las nobles águilas valientes que sobre las tormentas se deparan señoras de la paz del firmamento!»

¡Oh, si las nobles águilas soñarán!...

JOSÉ MARTÍNEZ ALBACETE.

CUENTO

UNA "SOIRÉE,"

(Conclusión)

Indignése Romantín al ver la polvareda y le quitó la escoba de las manos, no sin decirle al mismo tiempo:

—Pero ¿es que no sabe usted barrer, Dios de Dios? Miré usted cómo lo hago yo.

Y esto dicho, comenzó á amontonar basura de un color gris, pero con tal habilidad, que hubiérase dicho que no había hecho más que barrer en toda su vida; después le devolvió la escoba al notario, que en vano quiso imitarle.

A los cinco minutos el polvo se había enseñoreado del estudio, hasta el punto de que Romantín hubo de decir al señor Sava:

—¿Dónde está usted? no le veo.

El notario, que tosía á más y mejor, se acercó á Romantín.

—¿Cómo se las arreglaría usted—le dijo—para improvisar una araña?

—¿Qué araña?

—Si, hombre; una araña para iluminar la estancia; una araña con bujías.

El notario, que no comprendía una palabra, contestó:

—No sé.

El pintor se puso á hacer piruetas y á sonar los dedos á guisa de castañuelas.

—Ya está—dijo—ya lo encontré, caballero.

—¿El qué?

—Diga usted: ¡llevará usted ahí cinco francos?

—Ya lo creo—repuso el notario.

—Perfectamente: en ese caso, va usted á ir á comprarme por valor de cinco francos ó bujías, mientras yo voy á casa del tonelero.

Y esto diciendo, puso al notario á la puerta.

Al cabo de cinco minutos ya estaban los dos de vuelta; el uno con las bujías y el otro con un aro de barrica.

Seguidamente Romantín abrió un cajón y sacó una vejutina de botella vacías que sujetó formando corona alrededor del círculo.

A continuación bajó á la portería en busca de una escalera, no sin decir antes al notario que la vieja portera le hacía algún favor á cambio del retrato de su gato, que estaba sobre el caballete. Cuando hubo puesto el pie en el primer escalón, preguntó al Sr. Sava:

—¿Es usted ágil?

—Ya lo creo—replicó el interpelado, ignorando de qué se trataba.

—Pues bien: va usted á subir aquí arriba y á suspender la araña del cielo-raso. Después pondrá en cada botella una bujía y la encenderá. ¡Cuando digo á usted que soy un verdadero genio para el alumbrado!

Pero quítese usted esa ropa, hombre: tiene usted todo el aspecto de un lacayo. Abrióse la puerta de repente, y apareció eu el dintel una mujer; sus ojos relampagueaban.

Romantín se quedó atónito al verla.

La desconocida permaneció algunos segundos con los brazos cruzados, y de pronto exclamó con voz ahogada, vibrante, exasperada:

—¡Ah!, libertino, puerco: ¿es ese el modo de dejarme?

Romantín no contestó, pero ella siguió diciendo:

—¡Miserable! ¡Y á fuer de complaciente me envías á pasar el día en el campo! Vá á ver cómo arreglo yo la fiosta. Si, yo seré quien reciba á tus amigos..

A medida que hablaba, iba exaltándose por momentos.